

## LA RETIRADA DE SIR JOHN MOORE EL AÑO 1808

por JOSE A. YAQUE LAUREL

Teniente Coronel de Infantería, del Servicio Histórico Militar  
Correspondiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas

Desde el momento en que el Emperador Napoleón se instala con su cuartel general en Chamartín de la Rosa el día 2 de diciembre de 1808, hasta su partida el 22 del mismo mes y año, toda su actuación se caracteriza por una ardorosa actividad en los asuntos, tanto políticos como militares, que embargaron su ánimo y que tuvieron relación con los españoles. El trabajo desarrollado en estas tres semanas fué grande, y muy intensivo. En los *rappports* de la Guerra con España el año 1808 publicados por el Servicio Histórico Militar del Ejército francés, aparecen fielmente reflejados los documentos en gran cantidad, y entre ellos, decretos y órdenes cursadas a los mandos militares sobre medidas de organización y administración, sin olvidarse las de carácter político que Napoleón hizo dictar para afianzar el advenimiento de su hermano José al trono español.

Desde los primeros decretos firmados en Chamartín la noche del 3 de diciembre, de un matiz político y administrativo, hasta el momento de franquear la sierra del Guadarrama al frente de su Ejército, el dinamismo, esa condición metafísica de la fuerza en movimiento, tiene en Napoleón su más adepto defensor. Nada escapa a su fina perspicacia y poderoso entendimiento; unas veces señala normas precisas y adecuadas para operar sobre la capital de España; otras, marca directrices para las operaciones en la cuenca del Tajo, contra las tropas allí reunidas. Los despachos que dicta son breves, tajantes, cual corresponde a una lucha sostenida con un pueblo valeroso y duro, amante de sus tradiciones, y que imitando al mitológico Anteo cuando luchaba contra Hércules y tocaba con sus pies la madre Tierra, resurgía potente frente a su adversario

que no lograba abatirle. La dirección de los asuntos de Europa, tan enrevesados y difíciles no le intimidaron, y todavía prepara en tierra española una serie de operaciones para deshacerse de su odiado enemigo: Inglaterra.

El abandono del campamento de Chamartín el 22 de diciembre obedeció, sin duda, al deseo de verse libre de las asechanzas de Sir John Moore, y no a las noticias inquietantes recibidas de Austria, como dijeron algunos escritores. En la copiosa correspondencia napoleónica sostenida por el Corso con su familia y Generales, se vislumbran estos proyectos. En la carta que por aquellos días escribe a su hermano José al tratar de sus planes en España, le dice: *Quel que soit le projet des Anglais, il va donner á des évènements qui auront une grande influence sur la de toutes les affaires*. Ello nos afirma en la creencia de que la marcha del Emperador francés de los aledaños de Madrid, obedeció a las noticias recibidas de los movimientos del Ejército inglés que acaudillaba el General John Moore, al que se creía en retirada sobre Portugal.

A fin de no dilatar el presente trabajo, vamos a limitar nuestro estudio a la persecución de las tropas de Moore, hasta terminar en la batalla llamada de Elviña o La Coruña

Para ello nos servirán de guía los *rapports* franceses, y las cartas cruzadas entre los mandos militares, documentos poco conocidos y divulgados que constituyen una abundante información de aquellas importantes operaciones de guerra, realizadas durante los comienzos de la pasada centuria en las cuencas españolas de los ríos Duero y Tajo.

El Emperador había recibido en su hotel de Chamartín durante la noche del 18 de diciembre y la mañana siguiente varios despachos de los Generales Milhaud, Lasalle, Desolles y Latour-Maubourg, en los que simplemente le confirmaban la realidad de una situación que ya le era conocida y que no le inspiraba de momento ninguna inquietud. El General Milhaud le anunciaba que un destacamento del 12º Regimiento de Dragones había sido atacado el 17 del citado mes en Puente del Arzobispo por una columna española de reconocimiento; el General Lasalle, en vista de este suceso, le anunciaba que no avanzaría sobre Oropesa, pero que ordenaría un reconocimiento sobre Almaráz y el Puerto del Pico; Latour-Maubourg decía el 18, desde Aranjuez, que enviaba patrullas de reconocimiento por el camino de Cuenca, al este de Tarancón y sobre Fuente el Fresno, al

sudoeste de Madrideo; y, por último, el General Desolles le aseguraba que las comunicaciones entre Guadalajara y Calatayud, aunque en parte estaban interrumpidas a consecuencia de la agitación popular a lo largo del camino, procuraría mantenerlas lo más expeditas posible.

Ninguno de los informes precedentes daba lugar a nuevas órdenes, ya que después de las disposiciones adoptadas el Emperador se encontraba en libertad de acción para actuar al sudoeste de Talavera, con las tropas del General Lefebvre y al este de Toledo con las del Mariscal Víctor. El General Mortier desde Calatayud estaría prevenido para actuar según las circunstancias.

Napoleón prescribía simplemente al Mariscal Víctor de ejecutar la orden dada, y enviar sobre Talavera la Brigada de Dragones Marisy, y al General Latour-Maubourg de propagar sus proclamas entre el vecindario de Castilla la Nueva, avanzando con tal objeto en tierras manchegas, hasta Manzanares.

Napoleón, bien informado de los asuntos de la región del Tajo, *carecía sin embargo de informes fidedignos y precisos del Ejército inglés, al que todos juzgaban en franca retirada sobre Portugal*, cuando lo cierto era que Moore preparaba cautelosamente algún plan para anular la potencia de su adversario.

En la mañana de aquel día el Emperador recibió un pliego urgente del General La Houssaye, en el que le participa que tres prisioneros que habían desertado de las filas inglesas cuatro días antes; y acababan de llegar al Escorial, afirmaban que 16.000 ingleses mandados por el General Sir John Moore ocupaban Salamanca, y que al parecer no hacían preparativos de retirada. Los tres desertores debían dirigirse a Madrid el 19 siguiente.

Bonaparte no mostró mucho asombro al conocer esta novedad, pues ya había entrado en sus cálculos que los ingleses prepararían alguna sorpresa para modificar sus líneas de ataque, extrañándole el prolongado estacionamiento en un lugar que nunca estuvo señalado por la caballería francesa. Como no podía dudar de la realidad de los hechos que La Houssaye le comunicaba, esperó la llegada a Madrid de los desertores para interrogarles a fondo, y formar su opinión sobre el valor de tales manifestaciones, tomando antes algunas medidas de previsión inmediatas, como la de aumentar el número de jinetes al noroeste de Madrid, extendiendo a las diez de la mañana una orden urgente a la División de Dragones del General Lor-

ge, en ruta de Aranda a la Corte, para que se dirigiera directamente a Segovia y cubriera los puertos del Guadarrama, y si las circunstancias lo requirieran, se lanzara a un extenso reconocimiento de las mesetas castellanas para descubrir las avanzadas enemigas.

El Emperador no da durante la mañana de aquel día otras órdenes, y hacia el mediodía monta a caballo, abandona Chamartín y se encamina con su escolta a los Altos del Viso para pasar una revista que había anunciado la víspera. Las tropas son minuciosamente inspeccionadas por su Caudillo, que espera deseoso el momento de poder utilizar aquellos veteranos de tantas campañas en alguna operación contra los ingleses. Y es en el curso de esta revista cuando le anuncian la llegada de un Suboficial portador de despachos urgentes, que desde Burgos le envía el General Mathieu Dumas.

En la disposición de ánimo en que se encuentra, el Emperador espera noticias de aquel lado y presiente que ellas serán de importancia. Con su característica vehemencia y el deseo de ser rápidamente informado, arranca de las manos del mensajero el sobre que le va a ser entregado, enterándose de su contenido. El General Soult, con fecha 16 de diciembre, le informa de los siguientes puntos: un reconocimiento del General Franceschi ha sido atacado el 13 en Rueda por la Caballería inglesa; otros reconocimientos enviados al día siguiente por el mismo Jefe, han sido agredidos en Tordesillas; la Caballería enemiga parece estar apoyada por un Cuerpo de Infantería de 5.000 hombres, que forman la vanguardia del Ejército de Salamanca, y toda esta gente parece dirigirse sobre Tordesillas y Valladolid.

El General Franceschi había agrupado el día 15 sus fuerzas en Medina de Rioseco, y había recibido la orden de reconocer la orilla derecha del Duero, para proteger las rutas de Burgos y Carrión de los Condes. Las referencias indicaban al propio tiempo que un Cuerpo de tropas españolas destacadas en León y las inglesas de Astorga se ponían en movimiento, y estaba en lo posible que se reuniesen en un lugar no conocido. El Mariscal Soult en el informe *no creía* que los británicos se comprometiesen en una acción tan seria *más allá de la ciudad pinciana*, pero delante de un enemigo tan superior en fuerza juzgaba necesario disponer que las tropas de Infantería y Caballería de Burgos se agrupasen, cayendo sobre Torquemada, para allí esperar órdenes. El General Mathieu-Dumas en una carta fecha-

da el 17, a las cuatro de la madrugada, daba cuenta a la superioridad de haber quedado cumplimentadas las órdenes recibidas.

Después de la lectura de las cartas, cuyo contenido hemos visto, Napoleón ya no puede dudar de la realidad del avance inglés del General Moore sobre la ciudad del Pisuegra. Tales noticias merecen por su gravedad la atención debida, y entonces el Emperador interrumpe la revista militar que estaba realizando, y al galope de su blanco corcel regresa a Chamartín.

Encerrado en su «Logement garní», con el plano de España extendido sobre la mesa de trabajo, estudia la situación para tomar en consecuencia las disposiciones necesarias ante un enemigo que oculta sus intenciones.

¿Se moverían las fuerzas de Moore hacia el noroeste? Este movimiento lo juzgaba temerario, y le parecía difícil creer que el General adversario lo intentase, por ser peligroso y expuesto a que su línea de retirada fuese cortada, comprometiendo con ello su propia existencia. ¿Se trataría acaso de lanzar una extensa exploración de la Caballería inglesa, destinada a obtener informes sobre la situación de los franceses en Castilla la Vieja y cuenca del Duero? El General Moore en sus anteriores operaciones de guerra, era un entusiasta partidario de lo que en el concepto castrense se llamó *diversión*, movimiento o acción de llamar al enemigo a una o más partes para dividir sus fuerzas, o adquirir otras ventajas. El uso táctico de las reservas, en que Napoleón tanto sobresalió, es en rigor un caso de *diversión especial*, pero su genio no tuvo imitadores en los mandos europeos de entonces.

La incógnita se presentaba confusa, y era menester aclararla. En el primer caso, advertido del error de su adversario, y antes de que éste rectificase la maniobra, podría lanzar, sino todo el peso de sus tropas, al menos parte de ellas al otro lado de la Sierra del Guadarrama; mas, por otra parte, como había preparado los planes para una invasión de Portugal, no quería arriesgarse en un falso movimiento, *soltando la presa inglesa que tan al alcance de la mano se le presentaba*. La solución, sin embargo, no se hizo esperar, y consistió en el envío de una potente vanguardia de Caballería que, franqueando el Puerto por la divisoria de las dos Castillas, lanzase sus extensas alas de reconocimiento sobre las tierras del Duero medio. Si el movimiento del Ejército inglés se verificaba y persistía en sus propósitos, entonces el Emperador con el resto de las tropas de

que pudiera disponer, seguiría a la vanguardia en sus avances sobre Valladolid.

Al caer de la tarde del mismo día 19, fueron extendidas por el *Córsico* las primeras órdenes para la realización de la maniobra proyectada, y en ellas prescribía al Mariscal Ney que estuviese preparado a partir del día siguiente con la Caballería del General Colbert y las Divisiones Marchand y Maurice Mathieu.

Los deseos del Emperador en aquellos momentos son claramente expresados en la carta que hizo enviar durante la noche al General Dumas. He aquí lo que le decía: «Ya habéis visto que los ingleses quieren comprometer su Ejército por cosas *efímeras*, y hay que saber a qué atenerse. En vista de ello he dispuesto que el Mariscal Ney parta con su Cuerpo de tropas, para maniobrar sobre la retaguardia enemiga, cortarla su retirada y alejarla lo más posible de sus comunicaciones. Si fuera necesario, este General tendría el apoyo que se juzgase oportuno; y en el caso de que el adversario intentase solamente una *diversión* de su Caballería, entonces la maniobra no sería continuada.»

La idea completa del plan a realizar está contenido en la siguiente recomendación hecha al Mariscal Soult, su lugarteniente, en nota de la misma fecha: «Por consiguiente, si los ingleses con todas sus fuerzas se lanzan sobre Valladolid, maniobrar con rapidez, señor Duque, como lo hicisteis para cortar la comunicación con Salamanca. *El Emperador en persona se pondrá en marcha, si lo juzga conveniente, para dar una buena lección a los ingleses...*».

Durante las primeras horas de la mañana del 20 de diciembre, Napoleón no ha recibido nuevos informes de su adversario el General Moore, en vista de lo cual da sus últimas instrucciones a Ney, para que con la Caballería rompa la marcha y con la mayor rapidez franquee la Sierra de Guadarrama en el mismo día, extendiendo con sus jinetes una cortina de exploración lo más amplia posible por las mesetas de Castilla la Vieja, con el fin de recoger el mayor número de noticias del enemigo, que se va adueñando de algunos pueblos de importancia. La maniobra de la Caballería del Mariscal Ney, «el Valiente de los valientes», sobrenombre por el que era conocido, tendrá como eje central de marcha la vieja ciudad de Medina del Campo.

Los partes de los Mariscales Víctor y Lefebvre y del General Lalle —«el *Aquiles* de la Caballería francesa»—, recibidos por el Emperador en aquellos instantes, no anunciaban grandes novedades en

el valle del Tajo. Lasalle, señalaba solamente la presencia de algunos destacamentos de Infantería española en el puente de Almaraz, pero en este sector las fuerzas de Lefebvre eran lo suficiente fuertes para evitar cualquier eventualidad.

Por su parte, Latour-Maubourg anunciaba en un nuevo informe, que la supuesta ofensiva de las tropas de Cuenca había fracasado rotundamente.

Napoleón estima entonces que una División del primer Cuerpo de Toledo, era suficiente para sostener la Caballería del General Latour, y evitar así cualquier movimiento de los españoles en la dirección de Madrid, ordenando además a Víctor que reintegre a la Corte la División Ruffin, con el objeto de relevar a la División Lapisse, que al día siguiente se incorporaría a los expedicionarios de Guadarrama; y como quiera que la División Dessolles debía llegar a Madrid en la noche del 20, Napoleón podía ya disponer desde esa fecha de las tropas de Dessolles y Lapisse, además de la Guardia Imperial, y entonces tranquilamente abandonar a Chamartín por dejar la Villa madrileña bien defendida por los Generales Ruffin y Leval.

Aún recibe el Emperador en las primeras horas del 20 otro despacho, que le envía desde Burgos el General Dumas, anunciándole que tanto él como el General Darmagnac están sobre aviso en la capital burgalesa, habiendo tomado las oportunas medidas para la exploración de las zonas de Torquemada y Castrogeriz, y que además la vanguardia de la División Delaborde, del 8.º Cuerpo, tenía anunciada su llegada a Burgos el día 18.

Estas noticias tranquilizaron a Napoleón, pues contando con el apoyo de tropas tan excelentes, podía cubrir sin temor toda la extensa línea de sus comunicaciones con Francia, y además podía prestar ayuda al Mariscal Soult en el caso muy improbable que la necesitase.

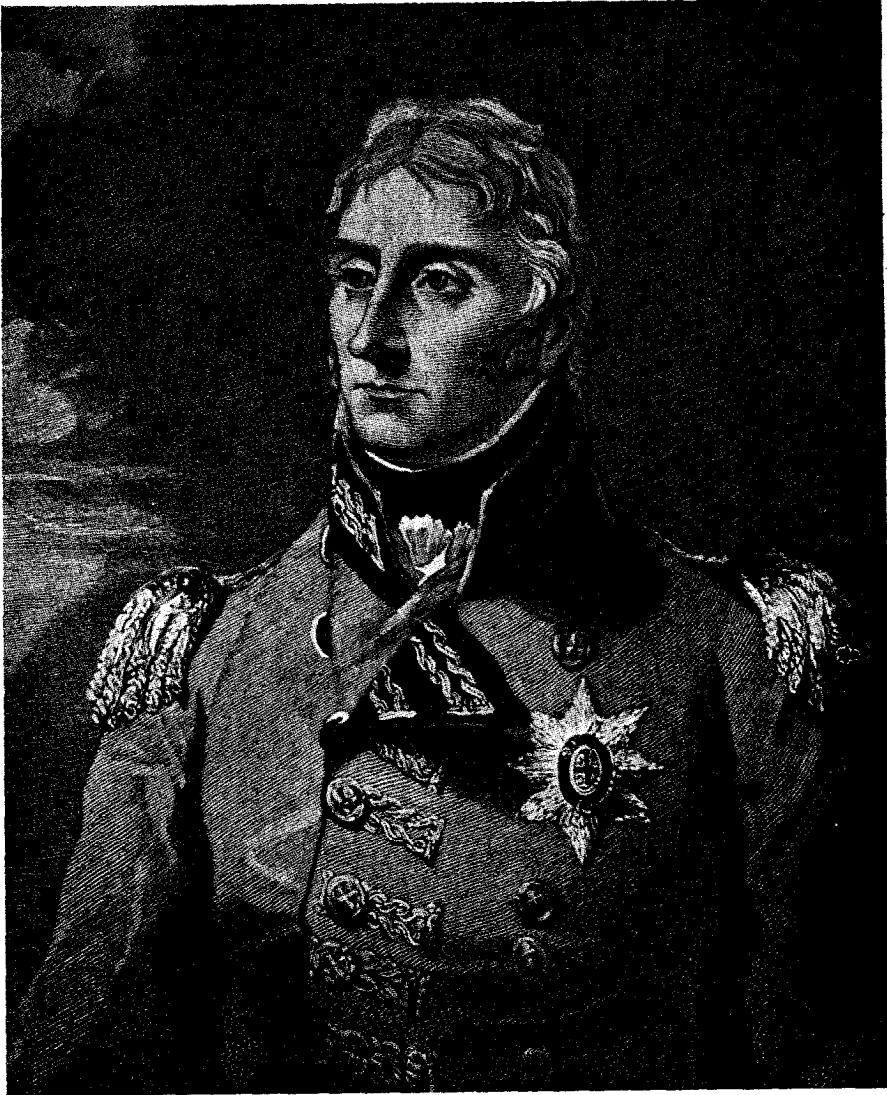
En la gélida mañana del 22 el Emperador, sin noticias que pudieran modificar sus planes, decide abandonar la residencia de Chamartín, franqueando la vecina Sierra de Guadarrama al frente de su ejército, con objeto de comprobar sus temores, imprimiendo a las operaciones iniciales contra las tropas inglesas todo el empuje necesario para su destrucción antes de que abandonen las costas gallicas.

Mientras tanto, ¿qué ocurría en el bando inglés? ¿Qué planes había? ¿Qué proyectos abrigaba su Jefe? Al frente de la tropa figuraba un General joven, distinguido, valiente —Sir John Moore— pero que adolecía de la preocupación, entonces común, de ser invencibles Napoleón y sus legiones, y cuya imaginación exageraba las proporciones naturales de los reveses. Confiaba mucho en el valor y disciplina de sus tropas, no así en su movilidad, tanto más necesaria con un enemigo en cuyos triunfos la sorpresa del contrario era casi siempre una condición del plan concebido. El 27 de diciembre el Emperador dicta las últimas disposiciones para envolver las alas del Ejército inglés, al que suponía entre las villas palentinas de Carrión de los Condes y Saldaña. Sir John Moore quiso establecer entonces su Cuartel General en Benavente, localidad que además de ser punto de reunión de la impedimenta, constituía un buen apoyo para una retirada; el deseo de no dejar sin custodia los bagajes y la natural aversión a mezclar sus tropas con las del Marqués de la Romana, le aconsejaron el movimiento sobre aquella localidad zamorana, movimiento peligroso cerca del Mariscal Soult, que le cierra el camino más breve de León y Astorga, no quedando a los franceses más salida que el camino de Puebla de Sanabria, malísimo y sin recursos de ningún género. Como es natural, esta decisión de Moore favoreció de tal modo a sus contrarios, que no sólo soslayaron el desastre que se les avecinaba, sino que permitió el que estableciesen contacto los Mariscales Soult y Ney, que desde aquellos momentos acosaron la retaguardia adversaria con su Caballería Ligera. Un historiador de la campaña (1) refiere que la retaguardia inglesa tuvo que escaramucear incesantemente con las avanzadas enemigas, que se iban reforzando a cada paso, según aquélla descendía al puente sobre el río Esla. Un Regimiento de Dragones ingleses —el 18— tuvo que combatir hasta seis veces en aquel día, eminentemente crítico, en que para cruzar el Esla el Ejército británico se procedió al arreglo provisional del puente, por cuyos arcos, momentáneamente cubiertos de tablas, pasaron en la mañana del 28, a la derecha del río, las últimas fuerzas de Moore. Esta marcha fué penosa; en primer lugar, por lo atrevida y expuesta a un desastre, y en segundo lugar, por la nieve y el barro que cubría toda la campiña

---

(1) WILLAN WALTON: *The Revolutions of Spain from 1808.*





Sir John Moore. (Grabado que figura en la obra *Historia del mundo en la Edad Moderna*, publicada bajo la dirección de don Eduardo Ibarra, tomo XVI; Casa editorial Sopena; Barcelona, 1914).

TIEMPOS MODERNS.  
Lámina 45.  
Planche 45.  
Tome III.

**BATAILIA DE LA CORUÑA.**

Bata el 16 de Enero de 1809.

*Entre los Ingleses y los Franceses del General Moore, y los Franceses mandados por el Mariscal Soult.*

Ingleses.  
Franceses.

**BATAILIA DE LA COROGNE.**

llevada el 16 de Janvier 1869.

*Entre los Ingleses con la orden del general Moore y los Franceses comandados por el mariscal Soult.*

Ingleses.  
Franceses.



Batalla de La Coruña o de Elviña (*Del Atlas de Batallas célebres y Armas de todos los tiempos, del capitán de Artillería don Mariano Pérez de Castro, tomo III; Madrid, 1860.*)

Los ingleses, irritados por la idea de retirarse, cometieron excesos que su Generalísimo tuvo que anatematizar en una orden general. En vista de las circunstancias desfavorables en todos los sentidos que al General inglés se le presentaban, tomó la firme resolución de retirarse a la antigua ciudad de Astorga, y allí esperar los acontecimientos. El Marqués de la Romana, que había organizado sus fuerzas y se disponía a ayudar a los aliados en un movimiento ofensivo, al tener conocimiento de la realidad, se resistió a emprender el movimiento retrógrado que acabaría por desmoralizar el Ejército de su mando. La determinación del General británico en aquellos momentos está reflejada en una carta que entonces remitió al Marqués de la Romana, en la que le manifestaba sus proyectos: «Continuaré mi marcha hacia Astorga —decía John Moore—. Allí, o a sus espaldas, es donde daremos una batalla, a lo más. Tomaremos, si el enemigo nos sigue, posiciones defensivas en las montañas, donde no puedan utilizar su caballería, y así daremos tiempo a que lleguen los refuerzos de Inglaterra. Todo estriba en distraer y ganar tiempo.»

Como era lógico, para estas ulteriores operaciones combinadas de los aliados faltó un plan conjunto, del que nada se dice en la mencionada correspondencia. Tampoco se indica a la Romana que tome las oportunas medidas para cubrir el flanco de los ingleses, y tan sólo se le ordena «Que procure destruir el puente de Mansilla de las Mulas».

Como hemos ya manifestado, quiso el General Moore utilizar los puertos de Manzanal y Foncebadón, y al abrigo de ellos quedar sus tropas en espera de un levantamiento general en aquella comarca berciana, que se anunciaba inminente. Las fuerzas británicas no ocultaban, además, su descontento con el mando, desde que por vez primera en Salamanca manifestó propósitos de una retirada general. Hubo el día 29 un pequeño combate en Castro-Gonzalo, en el que la Caballería francesa realizó un rudo ataque, que los ingleses resistieron bizarramente, logrando aún algunas ventajas y quedando prisionero el General Lefebvre-Desnoettes. El Emperador al enterarse de este hecho, decía a Josefina en una carta: «Lefebvre ha caído prisionero. Me hizo una *calaverada* con 300 Cazadores: *Estas malas cabezas* han pasado un río a nado, y se han ido a echar en medio de la Caballería inglesa».

Siguió Sir Moore su retirada, que como ya indicamos constituyó un espectáculo doloroso. Desistió de la idea de defender el Bierzo, tomando la resolución irrevocable de replegarse sobre Galicia, aun con el voto desfavorable del General español, que había logrado en Astorga reponer su armamento, mostrándose además partidario de conservar, a toda costa, las posiciones de Manzanal y Foncebadón; pero esta proposición, no mereció ser atendida por el mando británico. Por sombrías y horrosas que sean las relaciones que de aquellas marchas se hayan hecho —dice el General inglés Marqués de Londonderry en su interesante obra sobre la Guerra Peninsular de 1808— aún no se asemejan a la realidad. En aquella travesía de dieciséis leguas hasta Lugo, la retirada no fué sino una verdadera dispersión, en que todo andaba confundido: los Regimientos, la Artillería, los bagajes. «Perseguido por su propio terror, más que por los enemigos —dice una crónica de aquella retirada—, se llegó al extremo de inutilizar para que no cayese en su poder, un convoy de armas y vestuario que halló en el camino y que había venido de Inglaterra para el Marqués de la Romana.»

El día 1.º de enero de 1809, mientras la retaguardia inglesa se acercaba a Bembibre y Besieres pernoctaba en La Bañeza, no andando el Mariscal Soult muy lejos. El Emperador galo irrumpía en la vieja ciudad de Astorga, donde se enteró de los preparativos austríacos para emprender en la primavera siguiente una formidable ofensiva. «Napoleón, comenta Thiers, sintió una impresión de despecho o de desaliento, que es difícil averiguarlo, al recibir nuevas que le impedían acabar de una vez, y por sí mismo, con aquellos odiosos insulares, que siempre hallaba contrapuestos en su camino.» El Emperador retrocedió entonces a Valladolid y confió la persecución de los ingleses a uno de sus Mariscales, decidiéndose por Soult, que siguió muy de cerca la retirada con las Divisiones de los Generales Merle, Mermet y Delaborde, unos 30.000 infantes y 5.000 caballos, fuerzas con las que no podía realmente llenar cumplidamente la misión que se le confiaba. Mientras esto sucedía, el General Moore seguía su ruta, a duras penas, en dirección a Villafranca del Bierzo, localidad situada a 73 kilómetros de la ciudad maragata. El malísimo estado del camino hacía que los caballos, la Artillería y los carros de municiones, se atascaran unos en el fango y se rompieran otros, atropellándose todos en la oscuridad. Y así ocurrió, que los dragones franceses dieron una impetuosa carga, cerca de Cacabelos, a cuatro

kilómetros de Villafranca, que fué rechazada por los húsares británicos, los cuales ocasionaron sensibles pérdidas al adversario, entre las que figuraba la del General Colbert, tan celebrado en el Ejército napoleónico por su brillante valor e inteligencia militar.

El General inglés continuó su movimiento de retirada, y tanto le acosaban los adversarios que pensó, y con razón, que sería más ventajoso pelear allí que ir sufriendo los continuados asaltos de que eran objeto. El día 5 de enero las tropas inglesas llegaban a Lugo, ocupando unas posiciones en la margen derecha del río Miño y estableciendo su centro en la ciudad de Sacramento, tan fuerte por su situación topográfica y estar protegida por sus robustas y viejas murallas. El respeto que infundían las tropas inglesas, aún en su retirada, era muy grande, no sólo en sus adversarios, sino también en el resto de los aliados. El historiador Thiers, a pesar de su gran parcialidad, en la famosa obra sobre *El Consulado y el Imperio*, no deja de reconocer el respeto y el temor que imponía a sus compatriotas el movimiento de Sir Moore. «Los franceses —dice— al llegar el día 5 por la tarde frente a Lugo, distinguían apenas a su enemigo. Detuviéronse en San Juan de Corgo, en una posición igualmente fuerte, en la que sin perder de vista a los ingleses, podían esperar seguros la reunión de lo que quedaba a retaguardia. Al siguiente día, entraron en línea las Divisiones Mermet y Delaborde, que seguían a la de Merle, pero ante la fuerte posición inglesa, inabordable por un lado, pues era el de la orilla cortada a pico del Miño, y muy difícil de asaltar por el otro, por estar cubierto de tapias y setos, vaciló el Mariscal Soult, tomándose varios días para determinar cuál sería el mejor medio, para atacarle con el éxito más completo.»

Muchos historiadores dedican cumplidos elogios al Jefe inglés por su detención en Lugo, que aprovechó para dar un breve descanso a sus maltrechas fuerzas, restablecer, en lo que cabe, la disciplina y la moral, y hacer que adelantara en su marcha la impedimenta. Las fuerzas que iban concentrando los franceses sufrieron un retraso en el avance, lo que permitió al General adversario dar vista a La Coruña el día 11 por la tarde. La desolación de Moore fué muy grande al observar que ni una sola nave, de las tan anheladas para el embarque de sus tropas, aparecía en la bahía coruñesa. Un temporal, tan frecuente en aquellas costas, fué el motivo del retraso de los

buques, cuando doblaron el Cabo Finisterre, al regreso del puerto de Vigo (2).

Pudo el Mariscal Soult, en este interregno, acelerar su marcha, que a medida que avanzaban los días era más lenta, pues tardaron tres en recorrer los 91 kilómetros que separan a Lugo de La Coruña.

Las narraciones históricas, con sus distintas versiones que de cada suceso suelen dar sus comentadores, hacen difícil encontrar la verdad de esta famosa retirada, en la que unos y otros se atribuyen la victoria. Los historiadores Thiers y Napier dan una versión distinta. Dice el primero: «El recobro de la disciplina obtenido por el General Moore, fue de corta duración; porque de Lugo a Betanzos, en las jornadas del 9, del 10 y del 11, se desbandaron Cuerpos enteros y nuestros dragones pudieron coger cerca de 2.000 ingleses y un número considerable de bagajes.» En confirmación de la primera parte de este párrafo, dice Napier que el Cuerpo principal del Ejército llegó la noche del 9 a Betanzos, en un estado que hacía poco honor a su disciplina; pero a los pocos renglones añade: «Felizmente, no avanzó el enemigo hasta la noche, y sólo con su Caballería; de otro modo, hubiera caído una multitud de prisioneros en sus manos. Los rezagados que la reserva no podía recoger a su paso, eran tantos, que se reunieron en Cuerpo, cuando se vieron oprimidos por la Caballería enemiga, y la rechazaron». Pero no tarda Napier, a contradecirse de nuevo, y a los diez y seis renglones exclama: «John Moore había perdido más gente de Lugo a Betanzos, que en ninguna otra marcha que había tenido que sostener.»

Los franceses no pudieron, en efecto, caer sobre los rezagados hasta muy tarde, y Lord Paget los protegió con la Caballería de su mando; pero que hubo desorden en la marcha lo prueba el que John Moore prefirió continuarla el 10.

La batalla de Elviña, más conocida por la de Coruña, y que tan apasionados juicios provocó entonces, puso término a la situación angustiosa de las tropas británicas. El 11 de enero llegaba su Jefe sobre las alturas de la capital gallega, dando órdenes para embar-

---

(2) James Moore, dice en su obra sobre la guerra Peninsular: «Por la tarde se pusieron a la vista los transportes de Vigo, ofreciendo a las tropas la agradable perspectiva de estar de nuevo en situación de volver a sus nativas playas.»

carse, fortificando al mismo tiempo la parte de la ciudad que miraba al campo, con las piezas que guarnecían anteriormente la parte del mar. El 13 de enero el Mariscal Soult, llegó sobre la orilla derecha del Mero, y el 14 se estableció el puente cerca de El Burgo.

Moore empleó todo este día en embarcar los enfermos, los heridos, los mejores caballos y 52 cañones, no dejando con sus tropas más que ocho piezas inglesas y cuatro españolas.

El 15 de enero se prepararon ambos bandos al combate. Vista la dificultad de embarcar las tropas en presencia de un enemigo superior en fuerzas, la mayor parte de los generales ingleses fueron de opinión de pedir un armisticio, pero Moore persistió en la resolución de presentar la batalla, pensando y con razón, que en circunstancias tan favorables para los franceses, no estarían dispuestos a aceptar una suspensión de armas.

Entablada la lucha y dueños los ingleses de Elviña y de Palavia de Abajo, sobrevino la noche, que puso término al combate. El General Hope hizo encender hogueras en el campo de batalla y se retiró por la mañana, a La Coruña, en donde se embarcó bajo la protección de la Brigada Hill.

El 17 por la mañana, el Mariscal Soult hizo colocar una batería de obuses sobre una altura no lejos del pueblo de Santa Lucía, y cañonear con ellos los buques de transporte ingleses.

Por la noche la Brigada Hill evacuó la plaza, y la flota inglesa dejó el puerto, después de haber el ejército rendido los últimos honores al General Moore. La valía de este militar inglés, muerto en la lucha, constituía una esperanza muy fundada en su patria. Napier, el brillante escritor de la Guerra, decía de su compatriota que su poca común capacidad se hallaba sostenida por la virtud más pura y dirigida por un patriotismo más digno de los tiempos antiguos que del siglo en que se vivía. Sir John Moore, terminó así su carrera. «Su figura elegante y llena de gracia, sus ojos negros y penetrantes, la expresión notabilísima de su boca, indicaban un noble carácter, y una inteligencia cultivada. Los sentimientos más delicados del honor, que le eran habituales, junto a una imaginación viva y animada, le daban en la conversación un ascendiente que sabía conservar le la firmeza de sus actos. La justicia tenía en él un defensor vehemente e intrépido. Cada una de las transacciones importantes en que se le empleó, aumentó su reputación de hombre de talento y confirmó la de que era enemigo del vicio, amigo inquebran-

table del mérito y fiel servidor de su país. Las gentes honradas le amaban y los malos le temían, porque mientras vivió no los huyó nunca; los despreciaba. Bien se lo devolvieron después de su muerte». Otra de las bajas que causó gran sensación en el Ejército inglés fué la del General Baird, herido en un brazo, que hubo de serle amputado a bordo de la fragata «La Villa de París». Y la que produjo también hondo sentimiento fué la del General Anstruter, víctima de una dolencia adquirida en la marcha, tan grave, que sucumbió de ella en La Coruña, siendo como su jefe sepultado en la muralla.

\* \* \*

De la narración de todos estos hechos, se saca la consecuencia de que la entrada de los ingleses en España fué entonces tardía, y los movimientos militares ejecutados, a partir de Salamanca, como sugeridos por una idea falsa del estado de cosas en nuestro país y de la fuerza y situación de los Ejércitos napoleónicos, adolecían de una reserva primero y una temeridad después, sólo explicable por aquellas causas; porque ni el Ejército británico era lo numeroso queregonaba la fama, ni venía en condiciones de medirse con un formidable adversario, vencedor hasta entonces en todas partes. En el nombramiento que para mandar este Ejército expedicionario se hizo a favor del Teniente General Sir John Moore, pesaron mucho las razones expuestas por Lord Wellington, que estimaba grandemente al designado, el cual si no era de los militares de primera línea en la serie limitada de los genios, reunía las condiciones de talento y energía suficientes para conducir bien y con desembarazo unas tropas dependientes de un mando supremo, como era el de Sir Arthur Wellesley.

Pretendía el Gobierno inglés reunir en la Región septentrional de nuestra Península, un núcleo de tropas que ayudase a los aliados a arrojar fuera del país a las fuerzas francesas. Para ello contaba con las que guarnecían varias Plazas de la frontera hispano-lusitana, que una vez agrupadas deberían avanzar hacia La Coruña, con preferencia a otro punto del litoral cantábrico. El General Moore, al agradecer al Gobierno su nombramiento, indicaba las dificultades que encontraría en su difícil misión, por la carencia casi absoluta, no solamente en lo referente de los recursos más indispensables, sino de la falta de comunicaciones en aquella zona, que en la estación que



se avecinaba haría imposible toda actuación ofensiva. Indicaba también el General británico que por lo pronto establecería su Cuartel General en la Plaza fronteriza de Almeida, y cuando llegase de Inglaterra la Expedición del General Baird, ya se indicaría la línea a seguir desde La Coruña, lugar elegido para el desembarco de las tropas.

El Marqués de la Romana, que se movía con su pequeña columna por aquellos lugares, era partidario de centrar su atención por tierras leonesas, en espera de que una vez organizados los Ejércitos aliados, pudiera lanzarse sobre los adversarios e irlos reduciendo.

El General Baird no se hizo esperar y, al frente de la Expedición enviada desde Inglaterra, apareció el día 21 de aquel mes ante las débiles murallas astorganas. La prematura llegada de los refuerzos, obligó a Moore a poner en práctica su plan, con las variaciones consiguientes, dando comienzo las operaciones en los primeros días del mes de octubre.

El Ejército de Portugal, según el estado que publicamos (3), constaba de poco más de 19.000 hombres, organizado en cuatro columnas al mando de los Generales Hope y Frasser y los Mayores Generales Paget y Beresford. Las columnas siguieron después a Salamanca, capital a donde llegaron al 23 de noviembre, con su General en Jefe. Las disposiciones de Napoleón tenían un plan más vasto en lo referente a la guerra. Según aseguran algunos historiadores, proyectaba la invasión de Galicia, de Andalucía y Valencia por sus Generales, llevando él en persona sus armas a Lisboa. Pero Moore estaba obsesionado por las numerosas fuerzas operantes en distintos puntos de la Península, con rumores que llegaban a sus oídos y que le hacían pensar en el peligro de su situación; y ello le hizo tomar un partido más prudente: reunir el Ejército antes de aventurarse a operación alguna ofensiva contra sus adversarios.

---

(3) Estado de la fuerza efectiva que salió de Portugal a las órdenes del General inglés Sir John Moore:

Infantería .....	17.745
Caballería .....	912
Artillería .....	686

---

*Total hombres* ... .. 19.343

Mucho debieron de influir también en el ánimo del General británico la vaguedad de las instrucciones que de su Gobierno había recibido para las operaciones militares.

Si a ello unimos las encontradas noticias de los delegados ingleses cerca de la Junta Central española, la ignorancia de lo que acaecía en las demás regiones y la actitud ofensiva del Emperador francés, es posible que todo ello determinase que su retirada fuese lo más rápida posible, para no verse envuelto y destrozado en aquella lucha que se presentía.

Entonces se perdió la ocasión de infligir un duro golpe al adversario. Bien pudo hacerse de aquellos montes que separan los Reinos castellanos de Galicia, excelente base de operaciones de las tropas aliadas. Decía el gran escritor Hamilton, que ninguna otra parte de España ofrece ventajas iguales para la guerra defensiva como aquélla. Su fuerza natural es muy grande, y ocupando juiciosamente sus desfiladeros, verdaderamente impracticables, puede un Ejército mantener el terreno contra enemigos inmensamente superiores en número.

Ciertamente ignoramos las causas que impidieron que eso no se hiciera. Es posible que la falta de cooperación *verdad* entre los Aliados no se realizase de manera franca y en entusiasta camaradería. La solidaridad empieza, sin embargo, años después, con Lord Wellington, que tuvo el acierto de reforzarla con su conducta generosa y prudente.

#### BIBLIOGRAFÍA

- TORENO (Conde de): *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución de España*. Madrid, 1835.
- NAPIER (W.): *History of the war in the Peninsula*. Londres, 1828.
- PRÍNCIPE (Miguel Agustín): *Guerra de la Independencia*. Madrid, 1844.
- LONDONDERRY (Marqués de): *Narración de la Guerra Peninsular*. París, 1828.
- VAUGHAN: «Diary of the in Spain». Londres, 1808.
- VILLA (Francisco): *Apuntes para la Historia de España desde 1808 a 1868*.
- WALTON (William): *The Revolutions of Spain from 1808 of 1837*. Londres, 1837.

- ARTECHE Y MORO (J.): *Historia Militar de España*. Madrid, 1881.
- MOORE (James): *Guerra Peninsular*.
- BALAGNY (Comandant): *Campagne del Empereur Napoleon en Espagne*. Paris, 1902.
- CHALLICE (Rachel): *The secret history of the court of Spain during the last century 1802-1906*. Londres, 1909.
- SALMON: *Resumen Histórico de la Revolución de España en 1808*. Cádiz, 1812.
- PÉREZ DE CASTRO (M.): *Atlas de Batallas, combates y sitios*. Madrid, 1860, 3 vols.

